

Ellos

Ella se levanta cada mañana con una sonrisa en su rostro albergando la esperanza de que ése, otra vez, sea un maravilloso día. Pone a calentar agua para el café y elige qué va a ponerse.

Él se despereza, tirado en la alfombra despelechada donde duerme, hace fiaca y mientras se estira, sus huesos crujen con ruido a hojas secas.

Ella desayuna cereales y café mientras mira las noticias por la tele, se asoma por la ventana tratando de adivinar qué temperatura hace y si debe o no llevar abrigo. Es tan tedioso cargar con un saco durante todo el día...

Él la mira con amor y con sueño, con un solo ojo porque el otro aún duerme y levanta por instinto una oreja puntiaguda como si le interesara lo que se escucha por el televisor.

Ella pasa a su lado y le da una palmada en su cabeza de pelo áspero color tabaco.

Él se hace el reacio y con su pata delantera izquierda, simula intención de alejarla.

Ella comienza a recoger sus cosas en una cartera, se pasa un lápiz rojo por los labios, se levanta el cabello en un rodete macizo y hace muecas en el espejo del baño, mientras se pasa crema por las manos.

Él al fin se levanta de la alfombra, da una vuelta por el departamento y se acerca a su vasija blanca para beber agua. Casi sin ganas saca la lengua y sorbe un poco. Husmea debajo de la puerta, agarra un peluche de juguete y se vuelve a la alfombra.

Ella arregla su cuarto mientras canta, pone la máquina de lavar ropa y revisa la heladera para saber si necesitará buscar algo antes de regresar por la tardecita a la casa.

Él alcanza con sus patas el juguete de peluche y lo atrapa entre sus patas sin fuerzas y su boca poblada de blancos colmillos. Simula masticarlo, pero le tiene piedad y lo esconde debajo suyo.

Ella atiende el teléfono y ríe a carcajadas mientras anota cosas en un block de papel. Corta la llamada y mira la hora.

Él bosteza. Pone la cara sobre sus patas y desde allí abajo, mira hacia arriba.

Ella recoge las llaves y lo llama para que salga seguramente a hacer sus necesidades.

Él sale enérgico, corretea, asusta a los pajaritos del jardín, hace lo suyo y entra sin que lo llamen.

Ella toma las llaves, se cuelga su bolso y sale dándole un beso en la cabeza.

Él se deja besar y va hacia la ventana. Allí se queda, a veces despierto, a veces dormido, a veces observando hacia afuera, a veces con la mirada triste apeando la cabeza de un lado a otro. Él la extraña.

Ella llega cansada a las siete de la tarde.

Él le salta encima, gime, lloriquea y sacude la cola contento al verla regresar. La persigue hasta el armario del lavadero, sigue con la mirada su plato de comida, espera que lo pongan en el piso y se acerca rápidamente para devorar el alimento.

Ella lo acaricia. Lo mira comer con fruición. Observa cómo sostiene el plato con sus patas. Sonríe por la manera en que mastica esas "bolitas" secas de balanceado, se sienta y se saca los zapatos mientras lo sigue con la vista hasta que no deja un solo bocado de su comida.

Él satisfecho lame el plato vacío, se acurruca a sus pies, recibe sus caricias, la sigue si se mueve, la acompaña al cuarto, al living, al balcón a regar las plantas, la espera haciendo guardia en la puerta del baño y la supervisa mientras cocina, tiende ropa o busca algún libro en la repisa.

Ella cansada, luego de ducharse, cierra los ojos y se duerme.

Él se trepa a la cama, olisquea sus manos, busca la alfombra deshilachada y la pone al lado de la mesita de noche. Da unas vueltas por la casa, se acomoda a su lado y luego de abrir y cerrar mil veces los ojos, también se duerme.